



EL RECLUSO
ASIMÉTRICO

Tony
Fuentes



ANGST 19 es una colección de libre uso impulsada por CVLTO, alimentada de manera solidaria por autores que han experimentado en su obra con el concepto de angustia generado por la crisis del *Covid 19*. Compártelo con libertad.

—Abril de 2020.



cvlto.com/angst_19

EL RECLUSO ASIMÉTRICO

Por Tony Fuentes

La mente [...] puede ser la puerta a otro universo mucho más pleno y consciente que este donde vivimos. Somos literalmente Dios en su expresión material. Y de repente, ya no hay culpa, ya no hay mal, ya no hay demonios, solo queda la vida, la experiencia, la recompensa de la búsqueda. Y todo eso tiene un componente teatral.

Whitley Strieber

El sábado 12 de marzo de 2020 el presidente del gobierno decreta el estado de alarma con motivo de la crisis provocada por el coronavirus surgido en China unos meses atrás.

Esa misma noche, nervioso y medianamente alcoholizado, concilio el sueño con sorprendente facilidad. Justo antes de cruzar el umbral de la inconsciencia, una imagen se hace nítida en mi mente. Se trata de una escena parecida a la que hace unas horas he experimentado en la vigilia: sentado en mi sofá, asisto en compañía de mi familia a las palabras televisadas del presidente. Solo que en este caso hay dos diferencias: por un lado, no es de día, sino de noche (o *aparentemente* de noche; aquellos que acostumbren a prestar un mínimo de atención durante sus sueños ya sabrán a lo que me refiero), y, por el otro, el discurso del presidente concluye con las siguientes palabras: «... Con motivo de garantizar la seguridad de nuestros ciudadanos, la cuarentena se hace extensiva al plano onírico. A partir de este momento no estará permitido soñar. Repetimos: a partir de este momento, no estará permitido soñar...»

Acto seguido, la imagen se desvanece y caigo en un sueño profundo, oscuro, sin contenidos hipnosensoriales de ningún tipo.

A la mañana siguiente, al despertar, la visión acude a mi memoria con una nitidez muy superior a la habitual. Se lo comento a mi mujer y le parece una idea interesante, aunque tampoco demasiado. Obtengo la misma impresión cuando, más tarde, les hablo del sueño a unos amigos a través de WhatsApp. Por lo que concluyo que la idea no es tan valiosa como me había parecido y procedo a almacenarla en el trastero de mi imaginación. Además, hay que hacer bastantes cosas en casa (y fuera de ella: por ejemplo, ir al supermercado, el cual imagino lleno de gente con uniformes de plástico y máscaras de gas).

Durante los primeros días, el tiempo pasa despacio y deprisa al mismo tiempo. (Dos tiempos simultáneos y aparentemente incompatibles entre sí, nuestra percepción amplificada de una dimensión que en realidad podría descomponerse en varias «subdimensiones» distintas.) Además de con el tan cacareado teletrabajo y las inagotables tareas domésticas, nos entretenemos con los innumerables juegos infantiles que ya en las primeras horas del confinamiento se acumularon en nuestros teléfonos móviles. Por suerte, la noche (y con ella, a menudo el alcohol) acude para nuestro consuelo diario. Con las niñas en la cama, todo se ralentiza lo suficiente para poder entablar conversaciones que en cualquier caso siempre giran en torno al tema del momento. (También me fijo en que, por algún motivo, en cuanto oscurece evitamos correr las cortinas o asomarnos a la calle, pero prefiero no hacer ningún comentario al respecto). (Re)animados por el vino, charlamos y charlamos hasta que se nos agotan las palabras, momento en el que vamos por turnos a lavarnos los dientes. Para cuando subimos a la cama, me encuentro tan cansado que poco me importa si lo que me espera al otro lado de los párpados será alguna clase de aventura pintoresca o la nada más absoluta.

Los días se van convirtiendo en semanas, y estas, pobre de quien no lo haya empezado a vislumbrar, habrán de convertirse en meses. A y yo hemos acordado que debemos esforzarnos en sacar más tiempo para nosotros mismos. Para hacer ejercicio, tener momentos de intimidad, ver películas, leer libros. Y en mi caso, también para retomar la novela que estaba escribiendo cuando todo esto empezó. Aunque por el momento no soy capaz de hacerlo. Por un lado, tengo la cabeza tan acelerada que me cuesta encontrar la tranquilidad mental necesaria para escribir dos frases seguidas; y, por el otro, no tengo claro que los temas que estaba abordando en ese libro conserven una mínima relevancia en el contexto actual. Como consecuencia, termino empleando la mayor parte de mi tiempo *libre* en revolcarme por los titulares envenenados y los artículos sensacionalistas que, dispuestos cual enorme barrizal por aquellos

que dicen estar meramente al servicio de nuestra información, ejercen de campo de batalla encubierto para un número de facciones que parece crecer día tras día. Esta costumbre, que A (con razón) no para de reprocharme, y a la que aun así yo soy incapaz de resistirme, no me aporta más que ira, ansiedad y un deseo de rebeldía al que, sin el soporte de la creación artística, no sé muy bien cómo dar salida. Leo, en un artículo de Vicente Gutiérrez Escudero, que un número cada vez mayor de personas está saltándose el confinamiento de forma puntual para visitar a amigos o familiares, acudir a bares clandestinos o incluso participar en orgías, pero yo no llego más allá de pasear por las calles de mi barrio (en realidad, poco más que unas cuantas urbanizaciones sin alma situadas entre uno de los principales barrios residenciales de Santander y el mucho más humilde y rural barrio de Cueto) con una bolsa (siempre vacía) bajo el brazo y la mirada puesta en cualquier posible indicio de presencia policial. ¿Qué estoy buscando? Nada en particular, me digo, pero rápidamente reconozco que eso no es verdad. Estoy buscando una señal. Y no es mero «wishful thinking»; por mi propia experiencia, sé que estas señales o encuentros poéticos (en los que la explicación racional de turno, lejos de anularse, es simplemente relegada a un segundo plano por el tsunami de una intuición no irracional, sino *suprarracional*) pueden surgir de repente, a la vuelta de cualquier esquina... Aunque no parece que este vaya a ser el caso. Si bien creo intuir una promesa de trascendencia en cada objeto que adivino por el rabillo del ojo, en cuanto centro mi atención en algo concreto lo único que logro percibir es la misma vulgaridad estéril de siempre. Desanimado, me detengo frente al Mercadona local (entidad que, dicho sea de paso, siempre he considerado que es a las cadenas de supermercados lo que «Un mundo feliz» a las distopías literarias) y, despojándome de mi coartada de comprador-recolector en un último gesto de rebeldía inútil, me siento en uno de los bancos dispuestos a lo largo de la avenida. Apenas lo hago, algo cambia. La imagen del enorme edificio cúbico y el aparcamiento semidesierto, únicamente transitado por un par de individuos con mascarillas que acarrean sus bolsas mientras se debaten contra un repentino vendaval, heraldo de la tormenta que se avecina, despierta en mi interior una serie de resonancias apocalípticas (en su sentido habitual de «fin del mundo», pero también, o incluso aún más, en el sentido original de «revelación») que me hacen caer en la cuenta de mi error. Aquello que esperaba encontrar de forma aislada y efímera me está siendo mostrado (a mí y a cualquiera que se tome la molestia de mirar) como un *todo* abrumador que llega mucho más allá del triste paisaje suburbial que me rodea. De hecho, la impresión es tan vívida e intensa que me veo obligado a retraerme hasta cierto punto, lo cual (aunque sé que no es así) me hace sentir como si estuviese contemplando no un fenómeno externo, sino una abstracción interior. No sé cuánto tiempo pasa hasta que salgo del trance, pero sé que son las ocho porque puedo oír el débil rumor de los aplausos con los que cada día se homenajea a los trabajadores esenciales. Su sonido me acompaña durante la mayor parte del camino de vuelta a casa, contribuyendo a la enrarecida atmósfera

en la que todavía me encuentro inmerso. Pero lo que más me intriga es que, a pesar de lo insólito de la situación, hay algo en esa atmósfera que me resulta tremendamente familiar. El enigma persiste durante lo que queda de día, dificultando mis últimas obligaciones domésticas y haciéndose aún más acuciante cuando, con mi familia ya dormida, me asomo por la ventana del salón a oscuras para echar un simple vistazo a la tormenta y la revelación me vuelve a golpear con todas sus fuerzas. Ahí está, en las palmeras zarandeadas furiosamente por el viento, en la mortecina luz interior del autobús que se aleja calle arriba, en la silueta de la ciudad recortada contra un cielo nocturno pero extrañamente claro. Yo ya he visto esto, me digo... No, un momento: lo que realmente acabo de pensar es «Yo ya he estado aquí». Pero, ¿qué quiere —qué *quiero*— decir? ¿Dónde se supone que he estado antes? Como sé que no voy a obtener respuestas, desisto de hacer preguntas. Sencillamente me quedo mirando la tormenta un rato más, sin pensar, y luego me voy a la cama. Justo cuando estoy a punto de perder la consciencia siento que alguien invisible se acerca a mi oreja y empieza a explicarme con todo lujo de detalles no solo lo ocurrido esta tarde, sino también lo ocurrido anteriormente en otros momentos semejantes y todas las cosas igualmente extrañas que aún están por ocurrir. Pero yo ya estoy dormido, y, como todo el mundo sabe, a las personas dormidas no se les da demasiado bien escuchar.

La respuesta, sin embargo, no tardó mucho más en serme aclarada.

Una noche, después de una fuerte discusión con A, me voy a la cama temprano y sumido en un considerable estupor etílico. Como viene siendo costumbre desde el principio del confinamiento, caigo dormido casi en el acto. Y, también de forma prácticamente inmediata, comienzo a soñar. De hecho, soy consciente de estar soñando y de la inmediatez con la que he empezado a hacerlo. Esto, que en circunstancias normales sería algo relativamente normal en mí, ahora me resulta alarmante porque me hace caer en la cuenta de que, tal y como aseguró el doble onírico del presidente del gobierno, llevo todas estas semanas sin soñar nada, o, al menos, sin recordar nada de lo soñado. Sea como fuere, ahora hay otras cosas que requieren mi atención. Aunque sé que me encuentro en un entorno tridimensional, no veo nada más que una oscuridad impenetrable y, lo que es peor, siento que estoy aprisionado por alguna clase de campo energético. Temiéndome un episodio de parálisis del sueño, intento despertar con todas mis fuerzas. No lo consigo, pero, no sé si debido a mis esfuerzos o por alguna otra razón ajena a mi persona, el campo energético que me rodeaba acaba de desvanecerse. Ahora puedo moverme con completa libertad y mis ojos también pueden ver a través de las sombras que me rodean. Estoy en lo que parecen ser las bambalinas de un viejo teatro. O, más exactamente, encima de un escenario cubierto por delante y por detrás con sendos telones de terciopelo negro. «La Tierra de los Muertos», escucho

decir, cual anunciante de feria, a una voz apropiadamente fantasmal a través de un altavoz. Casi al momento, una figura surge de uno de los laterales del escenario y se me acerca dando zancadas. (El estruendo de sus pies al golpear el suelo de madera se me antoja especialmente realista.) Aunque creo reconocer la silueta de G, uno de mis mejores amigos, recuerdo las palabras de James Hillman acerca de las precauciones que debemos tomar al encontrarnos con una cara conocida en el mundo de los sueños. «¿Qué lado prefieres?», me pregunta de repente el ser (cuya voz, en efecto, no se parece lo más mínimo a la de G). Yo miro a un lado, miro al otro, y me decanto por uno de los dos telones (no recuerdo cuál). Lo que ocurre a continuación no puede narrarse: solo es luz, movimiento, abstracción en estado puro. Me despierto incorporándome en la cama, sudando, casi sin aliento después de estrangular un grito, uno de esos despertares que, no sé por qué, mucha gente cree que solo se dan en las películas.

Llegados a este punto cabe preguntarse de qué forma dio respuesta el sueño a aquello que había empezado a obsesionarme en la vigilia. Para ello, conviene aclarar que la función onírica (es decir, la puesta en escena simbólica y completamente libre de aquellas potencias que, mucho más atenuadas pero también más fáciles de asimilar por el *statu quo* ideológico, se nos aparecen durante nuestras vidas cotidianas bajo la forma de palpitos e intuiciones) es desempeñada por un agente (el inconsciente) que opera desde *fuera del tiempo*. Y esto significa que tanto los materiales empleados para sus narraciones como los objetivos perseguidos por las mismas pueden estar radicados indistintamente en aquello que conocemos como pasado, presente o futuro, o bien en algún otro escenario completamente ajeno a nuestra experiencia, digamos, terrenal. La cuestión es que, una vez despiertos, deberemos juntar las piezas del puzzle teniendo en cuenta que estas pueden sernos dadas de forma inmediata y más o menos ordenadas o, por el contrario, desordenadas y dispersas a lo largo de nuestra flecha temporal (motivo por el que los diarios de sueños son herramientas imprescindibles para descifrar gran parte de los mensajes oníricos). En este caso concreto, todo parecía indicar (pues así se me había dicho literalmente) que el sueño transcurría en una especie de purgatorio o de «intercambiador» del Más Allá. Eso me da un «dónde» rebotante de insinuaciones paraverbales, pero la pieza más importante (el «qué») aún tarda un poco más en caer en mis manos. Dos o tres días después del sueño, cuando mi familia y yo nos encontramos en el punto álgido de una de esas debacles domésticas en las que la posibilidad de acabar figurando en las páginas de sucesos se hace inquietantemente cercana, salgo al balcón para tomar un poco de aire y una de esas coincidencias poéticas a las que me refería más arriba me golpea de lleno casi al momento. Las imágenes, por un lado, de la calle desierta y silenciosa bajo el cielo crepuscular, y, por el otro, de los últimos instantes del sueño (mis manos apartando de un tirón los

pliegues de terciopelo negro) se superponen y encajan a la perfección, permitiéndome el acceso directo e inmediato a un saber que, una vez formulado, resulta tan elemental que casi me cuesta entender por qué he tardado tanto tiempo en alcanzarlo. Básicamente, lo que sucede es que la interrupción del discurso capitalista (esto es, no el discurso de las palabras y las imágenes publicitarias —el cual, a juzgar por los resplandores catódico-azulados que emanan de las ventanas de mis vecinos, continúa funcionando a pleno rendimiento—, sino el de las personas y objetos en movimiento constante) ha revelado que el mundo sólido y confiable de nuestra vigilia y la nebulosa etérea y proteica de nuestros sueños no solo son mucho más semejantes de lo que cualquiera hubiera podido sospechar, sino que, de hecho, ambos mundos forman parte de un mismo «continuo de realidad» en el que no se puede señalar una sola separación entre entidades que no obedezca a una simple convención cultural. El hallazgo me fascina por su sencillez, pero aún más por su cualidad fuertemente subjetiva; en efecto, que las ideas sean o no «originales» (una palabra de la que llevo un tiempo sospechando que no tiene más significado —o al menos, más valor— que el puramente mercadotécnico) se vuelve algo irrelevante en cuanto las percibes como una llamada a satisfacer las exigencias de tu destino personal. Esa misma noche me voy a la cama mucho más pronto de lo que suelo hacerlo, y, convencido de que regresaré al teatro de los telones negros, me dejo arrastrar por las cálidas olas del agotamiento. Sin embargo, me despierto un par de segundos (en realidad, siete horas) después, con mis hijas saltando sobre la cama y exigiendo el desayuno a gritos y el cuerpo como si me hubiera pasado la noche recibiendo una paliza interminable en las profundidades del típico sótano siniestro (lo cual, por otro lado, pienso con un escalofrío al concebir la imagen, tal vez *sí* haya ocurrido en cierto modo).

La misma situación se da noche tras noche y sin variaciones de ningún tipo durante casi una semana. Mientras la opinión pública se interroga acerca de si ya habremos superado o no el ansiado pico de contagios del coronavirus, yo, de forma paralela e igualmente obsesiva, represento una y otra vez el papel de fugitivo astral en la farsa que mi propio subconsciente parece estar componiendo sobre la marcha. Sin embargo, la falta de resultados y la acumulación de problemas (sobrecarga laboral, tensiones familiares, averías electrodomésticas) en el denominado «mundo real» van haciendo mella en mi entusiasmo y termino por olvidarme de todo el asunto hasta que, un buen día, me despierto con una sensación que, por inesperada, me resulta casi sobrecogedora.

Para empezar, tengo la certeza inefable de que me he pasado la noche encadenando sueños; sueños, además, de una gran importancia. No recuerdo la mayor parte de sus contenidos, pero sí los suficientes detalles sueltos (la súbita sensación de ser como un insecto atrapado vivo en una piedra de ámbar, el

soplo de aire fresco al encontrar una grieta en la superficie, el sonido claro y penetrante de una sirena dando la voz de alarma... y persecuciones, sobre todo eso, un sinfín de persecuciones o una sola, pero larguísima y cambiante) para tener claro que mis esfuerzos han obtenido recompensa. Pero este nuevo hito en mi exploración imaginal (con la que, en el fondo, para qué negarlo, solo estoy tratando de distraerme durante el confinamiento) no tarda en adquirir un cariz bastante más siniestro. Ya durante el desayuno empiezo a ser consciente de una sensación difusa y desagradable, una especie de eco paranoico de las agresiones sufridas durante el sueño. De un momento para otro, mis pensamientos se aceleran y se vuelven tan estruendosos que me resulta prácticamente imposible concentrarme en lo que sucede a mi alrededor. Más tarde, en la ducha, me quedo de piedra cuando empiezo a escuchar lo que sin duda es una conversación entre varias personas. Aunque no consigo entender lo que dicen, sus voces me llegan tan claras como si procediesen de una televisión que alguien hubiera encendido en el cuarto de baño. Ni qué decir tiene que, cuando corro la cortina, la hipotética televisión o cualquier otra explicación razonable para lo que me está pasando brillan por su ausencia. Sin embargo, cuando cierro el grifo la nitidez de las voces se acentúa lo bastante para permitirme entender parte de lo que dicen:

«... Un momento. ¿Sabe ya que estamos aquí?»

«No lo sé.»

«¿Qué hacemos?»

«Seguir con el plan»

«¿Qué debemos usar?»

«No lo sé. Hay mucho material. Quizá...»

En ese preciso instante, y por suerte para mi salud mental, las voces dejan de llegar a mis oídos tan bruscamente como empezaron a hacerlo. Estoy tan horrorizado que permanezco varios minutos donde estoy, desnudo y completamente quieto, por miedo a desmayarme. Anteriormente, en mi ficción, he escrito bastantes escenas como esta (algunas, de hecho, *muy parecidas* a esta), pero ninguna de ellas podría aspirar a transmitir el pánico que estoy sintiendo ahora. La idea de que esas voces, esas *inteligencias*, se puedan encontrar dentro de mi propia mente (signifique eso lo que signifique) me hace sentir como un coche de kilómetro cero que estuviese siendo probado al mismo tiempo por varios clientes potenciales. Después de pasar una eternidad debatiéndome entre distintas posibilidades (desde la siempre socorrida —pero no por ello menos enigmática— «sugestión» hasta la temible «capilla peligrosa» de Robert Anton Wilson) me doy cuenta de algo bastante curioso: a pesar de

que el recuerdo de las voces sigue fresco en mi memoria, ahora, y sin saber muy bien por qué (tal vez, pienso, debido a la intercesión a mi favor de alguna entidad benefactora), me siento mucho más inclinado a interpretar lo sucedido como la exageración inmediatamente posterior de un fenómeno mental ordinario; por ejemplo, el recuerdo repentino de uno de los sueños de esta noche.

Esa posibilidad me atrae, pero no tengo tiempo de terminar de convencerme. La puerta se abre de golpe y mis hijas entran en el baño chillando y tirándose de los pelos. Por supuesto, no tardo más que un par de segundos en sumarme a sus gritos. Afortunadamente, mis esfuerzos como mediador no tardan en ponerme de nuevo en contacto con la árida pero inofensiva realidad consensuada. Ya está, le aseguro solemnemente a mi reflejo mientras termino de vestirme. Se acabó jugar con fuego. El resto de la mañana lo paso limpiando, recogiendo, impartiendo algo parecido a una clase de historia. Hago un poco de ejercicio, me tomo una cerveza en el balcón y, para cuando llega la hora de comer, ni siquiera estoy seguro de recordar la mayor parte de lo sucedido.

Lo cual, por otro lado, carece completamente de importancia porque, como se verá, la principal característica de «lo sucedido» es su capacidad para autorreformularse tantas veces como sea necesario y de mil formas distintas.

Por ejemplo: esa misma tarde, mientras me preparo para retomar la escritura de *El Norte* por enésima vez, un nuevo y llamativo fenómeno extraño tiene lugar dentro de mi cabeza. Primeramente, al intentar imaginar una escena de la novela, me doy cuenta de que soy incapaz de hacerlo. La escena en sí no tiene nada de excepcional: puedo «entenderla» a partir de las palabras que dejé escritas en el borrador, pero, por algún motivo, me resulta imposible visualizarla. Aun así no dejo de intentarlo hasta que, para mi sorpresa, es otra escena completamente distinta la que surge de las tinieblas de mi mente.

En ella me veo a mí mismo de pie en medio de mi calle. Es un día inusualmente soleado y todo está aún más tranquilo si cabe de lo que viene siendo habitual. Los únicos sonidos que alcanzo a escuchar son el misterioso canto de unos pájaros desconocidos y también, en segundo plano, el persistente ronroneo de varias desbrozadoras. Indeciso, mi yo imaginado mira a su alrededor. Está visiblemente nervioso, aunque no tengo ni idea de por qué. Mi coche está aparcado un poco más adelante, pasada la marquesina del autobús. Deduzco que quiero llegar hasta él y usarlo para huir de aquí. Pero, ¿por qué no lo hago? La respuesta no tarda en serme revelada. Desde los jardines de las urbanizaciones que bordean la carretera, varias personas me observan. Digo «varias personas» porque así es como las percibo, aunque quizá sería más apropiado hablar de una sola persona con cuerpos distintos pero idénticos entre sí. Pantalón azul marino, camisa azul claro, sombrero de mafioso y bigotillo de mandrín: se trata de un conserje de la finca en la que está situada la guardería de mi hija pequeña, un tipo chulesco

y desagradable con el que tuve algún que otro roce hace un par de años y al que de hecho ya estuve a punto de utilizar como modelo para los «esbirros» de mi cuento *Theia Mania*. Papel que, por lo visto, estaba destinado a representar. Estoy a punto de plantearme la posibilidad de intervenir de algún modo en la escena cuando la comunicación, por así decir, se interrumpe sin previo aviso... Aunque solo para regresar igual de espontáneamente unas horas más tarde, mientras A y yo estamos meditando en nuestra habitación. Esta vez, la nitidez de la imagen es muy superior a la de cualquier pensamiento ordinario, siendo más parecida a la de los sueños lúcidos. Estoy tan asombrado que dedico un buen rato a deleitarme en la vivacidad de los colores y la apabullante sensación de *realidad* antes de pasar a otro tipo de consideraciones. Aparentemente, la escena es la misma que presencié esta mañana, pero un examen más atento me confirma la presencia de ciertos «actores» que antes no existían o a los que yo no fui capaz de detectar. Situados en un discreto segundo plano por detrás de los Conserjes, asomados a los balcones o paseando perros minúsculos a la sombra de los soportales, los individuos a los que no tardo en bautizar como «Administradores» fingen estar abstraídos en sus pensamientos, aunque salta a la vista que lo que de verdad están haciendo es vigilarme. Tan estereotipados como los Conserjes, sus principales características se pueden resumir en: 1) sexo masculino, 2) edad cercana a la jubilación, 3) piel bronceada más allá de cualquier criterio estético razonable, 4) barriga más o menos prominente, 5) bermudas de bolsillos y polos color pastel de tonalidad variable, 6) un mínimo de una bandera española por barba, ya sea con forma de pulsera, de ribete en el cuello del polo, etc. y 7) gafas de sol de inspiración claramente *carlosfabriana*. En definitiva, la clase de personajes (tanto ellos como los Conserjes) que de vez en cuando asoman la nariz en mis escritos; solo que en esta ocasión no los percibo como meros dispositivos narrativos al servicio de mi ego, sino como auténticas criaturas vivientes, indistinguibles, en ese sentido, de las personas que habitan fuera de mí en el plano no imaginal. Aunque, a diferencia de estas (o al menos, de la mayoría), los Conserjes y los Administradores no parecen tener otra razón de ser que la de servir como obstáculo para mis propósitos, los cuales, ahora que lo pienso, aún no tengo demasiado claros.

Pues muy bien, me digo. Vamos a averiguarlos.

Poso la vista sobre mi coche y al momento noto una especie de hormiguelo, una suave descarga eléctrica que, paradójicamente, no parece tener su origen en ninguna sensación de inquietud o nerviosismo por mi parte sino en la voz de alarma emitida y escuchada al mismo tiempo por la mente colmena de mis enemigos. Mientras camino hacia el coche, meto las manos en los bolsillos de mi cazadora y siento el tacto *empoderador* de mi navaja italiana. La saco, la palpo (la sensación de solidez es perfectamente convincente) y la vuelvo a guardar. Al levantar la vista me encuentro a los Conserjes

rodeando el coche. Mirándome desafiante con los pulgares colgando de las trabillas de sus pantalones y sus lenguas viscosas asomando bajo los bigotillos para desaparecer un momento más tarde en busca de otro resto de comida. Os voy a arrancar la cabeza, hijos de puta, pienso un momento antes de comprender que, aquí, pensar y verbalizar son exactamente la misma cosa. Los Conserjes me rodean, ahora blandiendo palos y cadenas y trozos de tubería, pero yo sigo tan tranquilo. Sin mediar palabra, saco la navaja y me pongo a apuñalarlos uno tras otro. La cantidad de sangre y la violencia con que brota de las heridas son exageradas, descomunales. A pesar de lo cual, y de los golpes que ya llevo un rato recibiendo, continúo pegando puñaladas a destajo y como si fuera lo más normal del mundo. La escena se alarga tanto que deja de ser épica y deviene simplemente grotesca, pero los Conserjes terminan por besar el polvo y yo, bañado en sangre de los pies a la cabeza y consciente de las conversaciones atropelladas que los Administradores, no sé si entre ellos o con quién, están manteniendo por teléfono móvil en este preciso momento, subo al coche y doy por inaugurada la persecución en ciernes con la imposición del rugido del motor al silencio patológico del barrio.

A medida que el coche va ganando velocidad, y previendo un más que probable salto espaciotemporal, intento visualizar la casa, emplazada en un recóndito valle navarro, de mis amigos G y E, o bien una colina de mi invención, calva e igualmente solitaria, en cuya cima podré sentarme a meditar y así cerrar el círculo que me lleve de vuelta a mi dormitorio. Sin embargo, y para mi sorpresa, la escena continúa desarrollándose de manera, digamos, *realista*. Pisando a fondo el acelerador, giro a la izquierda por la calle Concha Espina, luego a la derecha por Francisco de Cáceres y, finalmente, sin detenerme a hacer el stop, de nuevo hacia la izquierda por la avenida de Cantabria. En un momento dado saco la cabeza por la ventanilla y me pongo a gritar a los ocupantes de las sucesivas urbanizaciones que no deben permanecer encerrados, que aquí no hay ningún virus y que, si lo hubiera, sería de naturaleza mental y por lo tanto inmune al distanciamiento o a cualquier forma de atrincheramiento físico. Los balcones se van llenando de gente intrigada por esta inesperada alteración del orden público, pero, no sé si debido al matiz de desesperación de mi voz o a la visión de mi rostro ensangrentado, nadie parece dispuesto a secundarme. Me olvido del asunto al caer en la cuenta de que mi coche está siendo tiroteado y levanto la vista para encontrarme en el retrovisor con un Hummer repleto de Conserjes armados hasta los dientes.

La persecución desemboca en las playas del Sardinero. El mar está teñido de rojo y, aunque aún es de día, un buen número de estrellas parpadea en el cielo igualmente carmesí. También, compruebo con alivio, hay algunos hombres y mujeres de aspecto invariablemente eremítico corriendo a lo largo y ancho del paseo marítimo y librando sus propias batallas contra los abominables Conserjes. Todo lo que

se oye es una sinfonía de disparos, motores, gritos de rabia, miedo o dolor y, a lo lejos, la reverberación amortiguada, casi subacuática, de un *greatest hit* de Azúcar Moreno...

Pego un volantazo y me meto en el aparcamiento de la plaza Rubén Darío. Mala idea. La situación aquí está todavía más descontrolada. Los Administradores se han reunido alrededor del aparcamiento para disfrutar del espectáculo de la ultraviolencia pandémica. Cuando alguno de los Conserjes es derrotado, un Administrador salta al ruedo, se pone el sombrero del Conserje caído y se convierte él mismo en Conserje. Yo, por mi parte, estoy haciendo auténticas virguerías con el volante para esquivar a los demás coches en movimiento y asegurarme de que las personas a las que atropello son exclusivamente Conserjes. Por fin, y aunque no había ninguna necesidad de ello, salto del coche en marcha y ruedo por el asfalto alfombrado de casquillos mientras el Hummer de mis perseguidores pasa a solo unos centímetros y embiste mi coche para terminar desintegrándose junto a él en medio de una explosión tan injustificada como inevitable. ¿Y ahora? Estoy convencido de que me voy a desmayar, pero no es así. Me hago el muerto durante un rato. Me levanto. Alguien me pone un fúsil AK-47 en las manos. Abro fuego. Sin preocuparme de apuntar. Hasta donde alcanza mi vista, el mundo es una masa ondulante de Conserjes psicópatas. Razón de más, escucho decir a alguien que quizá solo sea mi propio pensamiento desdoblado, para salir cagando leches de aquí. Justo en ese momento, las trabajadoras del supermercado BM acuden en mi auxilio. También ellas van armadas con fusiles de asalto. Algunas incluso llevan chalecos de campaña con granadas colgando de los bolsillos y las caras tiznadas de betún. Ninguna lleva mascarilla. Sujetándome por los brazos, me arrastran hacia el interior del supermercado, que por algún motivo (ver la siguiente frase) se encuentra abierto y lleno de clientes. El género habitual ha sido sustituido por un sinfín de armas blancas y de fuego. Veo a un padre ayudando a su hijo a escoger la katana más adecuada para su tamaño. A una anciana con abrigo de visón y gafas ahumadas comprobando la mira de una pistola Desert Eagle. Me giro hacia el estruendo que acaba de llegar a mis oídos y veo un Hummer irrumpiendo en el supermercado y llevándose por delante la línea de caja. Todos a correr. La rápida acumulación de disparos y explosiones llena los pasillos de una niebla azulada y acre. No estoy seguro, pero creo que la canción que está sonando en el hilo musical es «Night», de John Carpenter. Una vez más, manos invisibles me agarran por los brazos y me guían lejos de la humareda. Ahora nos encontramos en el almacén del supermercado. La luz se ha ido y tenemos que iluminarnos con nuestros móviles. Entre llantos y aspavientos, una recién llegada nos informa de que los Conserjes se están convirtiendo en monstruos. Qué clase de monstruos, le preguntamos. ¿Vampiros, gorgonas, seres de características ajenas a la comprensión humana? Por desgracia, parece que se trata de esto último.

—Es el Apocalipsis —concluye en voz alta alguien a quien soy incapaz de ver.

—Sí, lo es —admite María Jesús, una de las empleadas del súper. Y, girándose para mirarme fijamente, añade—: Pero, ¿qué es una apocalipsis sino una imagen llegada desde fuera del tiempo, una imagen de imágenes en la que todas y cada una de estas se pueden entender como la condensación simbólica de un proceso degenerativo cuya magnitud y extensión a lo largo del tiempo le impiden ser percibido de forma directa?

No estoy seguro de haberla entendido, pero deseo opinar al respecto. *Necesito* opinar al respecto. Sin embargo, no tengo oportunidad de hacerlo. Un Conserje (o algo que hasta hace poco era un Conserje, y a lo que yo, incapaz de procesar su actual aspecto, he decidido seguir viendo como tal) acaba de entrar en el almacén con lo que parecen varios cartuchos de dinamita chisporroteando entre sus garras. Durante unos pocos segundos se suceden los gritos, las carreras, los ruegos. Después, la explosión sobre un abrupto corte a negro.

Espero un poco. No me duele nada. ¿Sigo aquí? Sigo aquí. Espero un poco más. De repente, sonido de sirenas. Tenue confusión de voces a mi alrededor. Chistes necrofilicos. Más sirenas, más cerca. Más chistes necrofilicos. Sonido de máquinas que zumban y pitan...

«¿Y bien? ¿Dónde está?»

«Aquí, señor.»

«¿Y por qué no le veo?»

«No tiene cuerpo, señor.»

«Eso lo explica todo. ¿Puede imaginar aún?»

«Creemos que sí, señor.»

«Inaceptable. ¡Induzcan el coma!»

Si podéis concebir la posibilidad de un fundido a negro en medio de una oscuridad que ya era absoluta, entonces entenderéis lo que me acaba de pasar. Aunque en realidad tampoco es para tanto; es decir, *todavía estoy aquí*. Puedo pensar, aunque no conjurar imágenes, así que supongo que lo que era ficción se ha convertido en ensayo puro y duro.

El problema, claro, es que yo no sé escribir ensayo.

Estoy empezando a intuir la verdadera naturaleza de mi castigo (el confinamiento, aparentemente indefinido, dentro de mi propio yo confinado, sin ninguna imagen que echarme al ojo de la mente y sin posibilidad de articular ningún pensamiento que no remita de forma instantánea a la situación en que me encuentro) cuando una voz se abre paso hasta mis oídos. (Deduzco que, como la iniciativa no ha sido mía, esto no cuenta como «imaginar».) Se trata de una voz que, a pesar de la distancia que nos separa, catalogo rápidamente como masculina y repugnante, una voz cuya entonación y forma de hablar son a los sonidos lo que una capa de sudor recubierta de colonia Brummel es a los olores. Aunque no estoy seguro de que aquí exista dimensión temporal alguna, paso lo que me parece una eternidad escuchando cómo la voz pone a parir a alguien no identificado: «... En definitiva, una criatura patética, desprovista de las más elementales herramientas de adaptación, incapaz de comprometerse con cualquier actividad de carácter práctico e irremediabilmente obsesionado con la persecución de sueños, quimeras y otras distracciones no menos inútiles...» Influidido por la interminable diatriba, estoy empezando a desarrollar una cierta antipatía por el individuo descrito en ella cuando caigo en la cuenta de que el individuo soy yo. Pero lo peor es cuando, un momento más tarde, entiendo que la persona a la que la voz se está dirigiendo, es decir, a la que está intentando persuadir para que me vea como poco menos que un mueble inútil o una garrapata despreciable, no es otra que A. Al principio creo entender que solo está buscando convencerla para que me abandone, pero esta perspectiva, de por sí bastante aciaga, no es nada comparada con la revelación, tan tópica como terrible, que me acaba de ser transmitida: a saber, que, por así decir, no he estado alucinando una existencia alternativa o futura, sino una pasada; que, efectivamente y por la razón que sea, me encuentro sumido en un estado comatoso para el que algunas (me niego a aceptar que todas) de las peripecias anteriores vendrían a suponer otros tantos intentos de evasión onírica; y que, dada esta funesta situación, lo que el propietario de la voz repugnante estaría intentando no es convencer a A para que me deje, sino para que le conceda su autorización para *desconectarme*. Mi reacción emocional ante semejante panorama es todo lo intensa que cabe esperar; tanto, de hecho, que el encantamiento que me mantiene encerrado en esta jaula de palabras huecas se debilita lo suficiente para permitirme la visualización de una única imagen: la de yo mismo braceando en las metafóricas profundidades de un mar oscuro e inmenso. Pero es precisamente esa inmensidad (tan nítida, tan *real*) la que me impide seguir imaginando nada que no sea el progresivo alejamiento de la superficie, o lo que es lo mismo, el hundimiento de mi consciencia en esta oscuridad monstruosa. Estoy contando los segundos para el advenimiento de lo que el *bardo thodol* denomina la Luz Clara cuando me doy cuenta de que la sensación de descenso está empezando a atenuarse. Un momento más tarde se detiene por completo y reparo en que estoy de pie sobre alguna clase de superficie. Miro en derredor y las penumbras del teatro de los telones negros acuden a mi encuentro. La aparente ausencia

de una dimensión temporal hace que me sea imposible decidir si acabo de llegar o si llevo aquí desde el principio, si ya he estado aquí antes o si es esta visita la misma que creo recordar.

Algo se mueve cerca de mí. Una sombra. *La* sombra. El hecho de haber advertido su presencia parece desencadenar la emisión de la pregunta. «¿Qué lado prefieres?» Ya conozco el guión, así que no me hago de rogar. Abalanzándome sobre uno de los telones (¿El izquierdo? ¿El derecho? Es difícil estar seguro), aparto los pesados pliegues de la tela y me adentro...

En mi dormitorio.

Por un momento infinitesimal creo haberme visto a mí mismo en la cama, apartando la cara de la almohada, frunciendo el ceño en respuesta a la abundante luz que entra por las ventanas...

Pero ese momento infinitesimal se aleja flotando como una pompa de jabón y me veo obligado a adoptar una nueva perspectiva: ahora soy *yo* el que se debate entre el sueño y la vigilia.

Intento abrir los ojos, pero la punzada de dolor que acaba de atravesarme el cráneo me hace desistir. Durante varios minutos me limito a escuchar el rumor de las desbrozadoras, a mis hijas carcajeándose en su cuarto. De repente, más cerca, el sonido de nuestra cisterna, el débil susurro de la puerta del cuarto de baño...

La voz de A.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, me incorporo y la miro para encontrarme con que ella también me está mirando de una forma que no se cómo interpretar. No importa. Lo único que quiero es contarle mis extrañas aventuras, utilizarla como recipiente para que las imágenes de mi cabeza no se pierdan para siempre. A escucha pacientemente mi relato y, cuando este llega a su fin, procede a darme su versión de lo sucedido. Me cuenta que anoche, mientras meditábamos, oyó un ruido sordo y, al abrir los ojos, me encontró tumbado junto a mi cojín, temblando violentamente, con una mancha de orina en mis pantalones de chándal y un fino hilo de sangre manando de la nariz. A pesar del susto me logró reanimar sin demasiado esfuerzo, pero su preocupación fue en aumento cuando vio que, aunque estaba aparentemente despierto, todo lo que salía de mis labios eran sonidos incomprensibles y frases sueltas a las que solo ahora parece estar encontrando cierto sentido. Fuera como fuese, y como vio que tenía la mínima lucidez para negar con la cabeza cada vez que ella mencionaba la posibilidad de ir al hospital, se dijo que todo era debido a la ansiedad, el estrés y el bajo estado anímico general de los que, al parecer, yo había estado dando muestras durante los últimos días, y me ayudó a meterme en la cama, donde me quedé profundamente dormido en cuestión de pocos minutos.

Y eso es todo.

Durante un buen rato, los dos nos miramos en silencio. Ella, supongo, esperando a que diga algo; yo, sopesando simultáneamente su historia y la mía. Por supuesto, la suya me parece mucho más verosímil... Pero, como era de esperar, es la mía la que más me convence.

—Interesante —digo por fin.

Escribo estas líneas el 14 de mayo. Más de dos meses después del inicio del estado de alarma. Tras lo referido en el párrafo anterior, los sueños extraños y las visiones poéticas se interrumpieron igual de bruscamente que habían comenzado. No puedo decir que me sorprenda, ya que con el tiempo he aprendido que mi relación con la inspiración es semejante a la que algunos creyentes especialmente afortunados mantienen con su deidad. No habrá, por tanto, ningún Final con mayúscula para esta historia. La pirotecnia emocional que suele ir asociada a esa clase de conclusiones debió de quedar atrás, oculta en alguno de los pasillos del supermercado astral. En cuanto a mí, solo me queda asumir la existencia de alguna clase de enseñanza cuyas implicaciones no me serán completamente reveladas hasta dentro de cinco, diez o treinta años, o, a lo sumo, cuando me vea obligado a regresar al teatro de los telones negros por última vez. Entretanto, el proceso de adaptación a la denominada «nueva normalidad» no deja de brindarme distracciones. Hablo de cosas vulgares y corrientes como arreglar el lavaplatos, llevar el coche a pasar la ITV o matricular a mi hija pequeña en un colegio del que, en realidad, no creo que vaya a sacar nada verdaderamente útil para la vida que la espera. Por lo demás, y a pesar de la completa falta de inspiración artística, mis días transcurren de forma más o menos plácida, aunque de vez en cuando algún titular o imagen de actualidad consigue sortear mis defensas y hacer diana en mi mente. Cuando esto sucede suelo sentir una mezcla de indignación, inquietud e incredulidad; pero también la paradójica certeza de que, independientemente de lo grotescos que sean los acontecimientos futuros (y no me cabe duda de que un buen número de ellos lo serán de forma extrema), el hecho de haber intentado sintetizarlos en una ficción prospectiva me ha hecho un poco menos vulnerable a ellos. De hecho, me digo, puede que esta sea la primera de las lecciones aprendidas. Las apariencias cambian. Las historias se repiten. El confinamiento continúa.

**ANG
ST.¹⁹**



Puedes descargar más obras de esta colección en
cvlto.com/angst_19/#biblioteca